

Rev. C. Harinck
Lectura: Marcos 10:32-52

Salterios:

Primer: 362:1-3

Segundo: 147:1,4

Tercer: 60:1-5

Cuarto: 400:3,5

Último: 187:1-4

Introducción.

Congregación, una cierta doctora Solle una vez recibió un doctorado honoris causa en los Países Bajos. Ella fue la creadora de la teología del “Dios está muerto”. No significa necesariamente que estas personas creen que Dios realmente está muerto y no existe, pero sí creen que el Dios que antes realizó grandes cosas, que condujo a Israel por el Mar Rojo y que realizó milagros a través de Cristo, ahora está “muerto”.

Creen en un Dios “distante”, un Dios del cual rara vez, si es que alguna vez, oímos algo hoy en día. El Dios del Mar Rojo y el Dios que cuenta los cabellos mismos de nuestras cabezas, si alguna vez ha vivido, ahora está “muerto” desde esta perspectiva.

¡Qué teología empobrecida es esta! En realidad, la Biblia enseña que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y hasta la eternidad.

Ese es el tema que queremos abordar en el sermón de hoy. Puede encontrarse nuestro texto en la primera parte de Marcos 10:49, solamente estas palabras: “Y Jesús, deteniéndose”.

Quisiéramos llamar su atención a:

Tema: Jesús, el que se detiene

1. El significado de Él deteniéndose
2. La razón por la que se detuvo

Primer pensamiento. El significado de Él deteniéndose.

Nuestro texto habla de un evento bien conocido: la sanación del ciego Bartimeo. Leemos que el Señor Jesús estaba partiendo de Jericó y probablemente se encontraba en la región de la puerta que salía de la ciudad. Un hombre ciego se sentaba mendigando al lado de ese camino. Su nombre era Bartimeo, es decir, el hijo de Timeo.

Al oír que Jesús estaba pasando por allí, este mendigo ciego llamó: *“¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”* (Marcos 10:47). La multitud alrededor de Jesús se molestó por esto y comenzó a reprenderle diciendo: “El Maestro no tiene tiempo para ti; está de camino a Jerusalén, donde lo proclamaremos y coronaremos como Rey”. Más tarde, al acercarse a Jerusalén, la misma multitud tendía sus mantos en el camino y cortaba ramas de los árboles para tenderlas en el camino mientras clamaban: *“¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”* (Mateo 21:9).

Debido a su apuro por hacerlo su Rey, no quedaba tiempo para otras cosas; no podían permitir ningún retraso. Jesús tuvo que llegar rápidamente a Jerusalén para ser proclamado como Rey. Es por esto que instaron a Bartimeo a que se callara. Pero, en cambio, Bartimeo alzó la voz clamando más fuerte: *“¡Hijo de David, ten misericordia de mí!”* (Marcos 10:48). Y entonces leemos las palabras de nuestro texto: *“Y Jesús, deteniéndose...”*.

¿Cuál es el significado del hecho de que Jesús se detuviera? No era costumbre de Jesús hacer esto. Si leen con cuidado el evangelio según Marcos, notarán que el apóstol Marcos a menudo utiliza palabras o frases como “en seguida” o “al instante” en sus descripciones. En el pasado, el evangelio de Marcos ha sido denominado “el Evangelio del Aquí y Ahora”, indicando que hay un sentido de inmediatez que subyace en la narración según Marcos del evangelio. El Señor Jesús no era como los obradores de milagros de hoy, que se ponen en algún lugar específico y esperan que la gente llegue a ellos. No, Jesús iba al pueblo, visitándolos en los lugares donde vivían. *“Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”* (Lucas 19:10). No se quedaba en un solo lugar por mucho tiempo. Él viajaba por toda la tierra, haciendo el bien y sanando las enfermedades y dolencias que existían entre el pueblo.

Especialmente en este punto de Su ministerio, el Señor Jesús no podía permitirse ningún retraso ni detenerse, porque iba de camino a cumplir Su gran mandato. Estaba de camino a Jerusalén. Este sería Su último viaje a Jerusalén. Como había dicho a Sus discípulos: *“He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre”* (Lucas 18:31).

Y, sin embargo, aquí vemos a Jesús interrumpiendo Su viaje y, por decirlo así, el cumplimiento de Su gran mandato. Leemos: *“Y Jesús, deteniéndose”*. En el griego original, simplemente dice: *“Y Jesús, de pie”*.

Repentinamente, Jesús se paró allí, como si fuera clavado al suelo. No avanzó ni un paso más. ¿Qué le hizo detenerse y pararse allí? ¿Qué era tan importante que lo detuviera del gran mandato que estaba a punto de cumplir? ¿Qué le hizo al Señor Jesús detenerse?

¿Estaba vacilando? ¿Estaba lleno de miedo, vacilando debido a lo que le esperaba en Jerusalén? Ciertamente, debería haber estado pensando en las cosas que lo esperaban allí: el huerto de Getsemaní, el escarnio y los insultos que la gente echaría sobre Él, y el abandono de Su Padre en la cruz.

Pero no, estas no fueron las razones por las cuales repentinamente se detuvo allí y no avanzó más. Hubo otra razón. ¿Qué podría haber sido? Fue el clamor del mendigo ciego. Jesús oyó a alguien llamándole. Escuchó el clamor de Bartimeo: *“¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”*

Veán, congregación, repentinamente Jesús se detiene. Interrumpe Su importante viaje a Jerusalén y se para a medio camino. Pueden imaginar que toda la multitud aún lo rodeaba. Ellos estaban de ánimo festivo porque lo acompañaban a Jerusalén, donde Él se convertiría en Rey. Pero ahora, repentinamente, Jesús se detiene, y con Él toda la multitud. Jesús escuchó. ¿Y qué llamó Su atención? Fue el clamor de un mendigo ciego. Le oyó llamar Su nombre. Oyó: *“¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”*—y Jesús no pudo seguir adelante.

“Y Jesús, deteniéndose...” Es como si Jesús estuviera atado de manos y pies. Es como si estuviera cautivo por las palabras de Bartimeo y ya no pudiera avanzar un paso más. Eso es especialmente notable.

El conocido Rutherford comenta lo siguiente: “Cuando Josué estaba persiguiendo a los amorreos, esos terribles enemigos de Israel y espantosos idólatras, estaban a punto de escapar cuando caía la oscuridad. Entonces Josué oró: *‘Sol, detente en Gabaón, y tú, luna, en el valle de Ajalón’* (Josué 10:12). Y el sol y la luna se detuvieron”. “Pero”, dice Rutherford, “aquí en la historia de Bartimeo algo más profundo sucedió. Aquí vemos al Creador del sol y de la luna, al Dios del cielo, el Sol de justicia deteniéndose para escuchar el clamor de un pecador miserable. Lo vemos detenerse para preguntarle a este pecador desdichado: *‘¿Qué quieres que te haga?’*” (Marcos 10:51).

Observen cuánto poder ejerce el clamor de un pecador miserable sobre el corazón del Señor Jesús. A pesar de aquellos que sugieren que “Dios está muerto”, Jesús claramente responde a las súplicas de pecadores miserables. Incluso hoy, lo impacta tal como lo hacía en el tiempo de Bartimeo.

Jesús no pudo ignorar a Bartimeo y dejarlo atrás, aunque estaba de camino a Jerusalén en medio de una multitud de gente instándole a seguir, y aunque se encontraba preocupado por su sufrimiento inminente. La gente quería coronarlo como Rey y, ya antes de llegar a Jerusalén, clamarían: *“¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”* (Mateo 21:9). Es por eso que reprendieron a Bartimeo para que callara. No querían más distracciones

para preocupar al Maestro ahora; ciertamente no tenía tiempo para tratar con asuntos tan triviales como tener misericordia de una persona ciega.

Pero Jesús no pudo ignorar a Bartimeo y pasar de largo. Eso es el significado de lo que leemos en nuestro texto: *“Y Jesús, deteniéndose...”* Simplemente no pudo pasar de largo e ignorar a este miserable ciego que clamó tras Él. Es el oficio de Jesús sanar a los quebrantados de corazón y consolar a los que lloran.

Si pudiéramos abrir las cortinas del cielo, veríamos a Cristo sentado en gloria a la diestra de Dios. Pero también notaríamos que Él sigue escuchando, se detiene y atiende las oraciones de los pobres y necesitados. Aunque habita entre las alabanzas de Israel (Salmo 22:3), aunque tiene todo poder en el cielo y en la tierra, y aunque hoy es coronado con honor y majestad, los clamores de los necesitados no escapan de Su atención.

Por mucho que hayan cambiado otras cosas desde entonces, el corazón del Señor Jesús no ha cambiado. En nuestro texto, fue arrestado por el clamor de un pobre pecador. No pudo avanzar más. Y eso es lo mismo hoy. ¿No es eso algo maravilloso? *“Y Jesús se detuvo”*. ¿Cuál, entonces, fue la razón por la que se detuviera? Eso es lo que consideraremos en nuestro segundo punto.

Segundo pensamiento. La razón por la que se detuvo.

¿Qué le causó al Señor Jesús detenerse? Hasta ahora, Jesús había sido imparable. Los esfuerzos de Herodes y Poncio Pilato no pudieron detenerlo. Ni la inminente crucifixión ni el conocimiento de la lucha y el conflicto que se avecinaban en Getsemaní pudieron detenerlo. Nada pudo impedir que fuera a Jerusalén. Ni los terrores infernales de Satanás ni el horror inminente de la crucifixión; nada pudo detener al Señor Jesús. La profecía de Isaías ciertamente se cumplió en Él, cuando el profeta dijo: *“Puse mi rostro como un pedernal”* (Isaías 50:7). Eso quiere decir: *“No permitiré que nada me detenga y no me esconderé del escarnio y la humillación”*.

Pero es notable que cuando el ciego Bartimeo llamó, leemos que Jesús se detuvo. Entonces Él se detuvo. Entonces interrumpió Su importante viaje hacia Jerusalén. Entonces interrumpió el cumplimiento de Su santo mandato de traer el supremo sacrificio a la cruz de Gólgota. ¿Qué fue tan excepcional de este hombre y su oración que causó que Jesús interrumpiera el cumplimiento de Su santo mandato—de ascender a Jerusalén donde sufriría y moriría? ¿Qué fue la razón por la que Jesús se detuvo?

En primer lugar y más que todo, vemos en esta historia de Bartimeo la imagen de un hombre lleno de las miserias y necesidades de su condición. Después de todo, Bartimeo tuvo dos distintas cargas que tenía que llevar. Estaba ciego y carecía de visión, y estaba pobre porque tenía que

mendigar para suplir sus necesidades. Esta profunda necesidad y plena miseria dejó un profundo impacto en el corazón del Señor Jesús.

Quizá nosotros podamos ignorar las necesidades de los demás, pero no Jesús. Está escrito: *“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores”* (Isaías 53:4). Él no andaba sobre la faz de la tierra como un Buda insensible, sin preocuparse por la miseria que presenciaba. Él comprendía profundamente la profundidad de la caída del hombre en el Paraíso. Nadie entendió tan profundamente lo que el pecado había causado como lo hizo el Señor Jesús.

Aun así, esa no fue la razón por la que el Señor Jesús interrumpió Su viaje. No fue solo que Él vio gran miseria, que Él vio a este hombre llevando, por decirlo así, dos cruces pesadas — la cruz de la ceguera y la de la pobreza. ¡No, fue también el hecho de que este miserable clamó! Y esto es lo que puede leerse a lo largo de la Biblia: el Dios de la Biblia, Yahweh, el Dios de Israel, es el Dios que oye el clamor de los miserables y necesitados pecadores.

Jesús lo oyó. Él oyó el clamor de este miserable: *“¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”* A veces nos quejamos del Señor y decimos: “Siento mi miseria también y clamo en ella, pero el Señor no oye”. Pero, querida congregación, puede ser que el Señor lo esté probando y postergue Su respuesta por esa razón. También es posible que su miseria y su clamor no sean genuinos.

Bartimeo, sin embargo, era un hombre para quien la miseria era una realidad, que realmente sentía y experimentaba su miseria, y que genuinamente clamaba. Él clamó al Único que lo podía salvar: *“¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”*

¡Cuando nuestra miseria se vuelve una realidad—es decir, cuando el Espíritu Santo nos convence de nuestro pecado y la culpa comienza a pesarnos profundamente, cuando el hecho de que tenemos un alma que nunca morirá comienza a afligirnos, cuando sentimos que somos completamente incapaces de pagar por nuestros pecados y totalmente perdidos, malditos y culpables—entonces nace ese clamor celestial!

Congregación, tal clamor, como oímos viniendo de Bartimeo, es también el que oímos en el Salterio 362: *“De lo profundo a Ti, Señor, clamo, oye mi voz”* (estrofa 1).

Lutero comparó este clamor con el llanto de los niños. Orar desde lo más profundo de la miseria es el clamor de los hijos de Dios, y Él lo reconoce.

Además, la oración de Bartimeo también estaba llena de un profundo deseo. Un profundo anhelo motivaba su oración. Estas no eran palabras frías y vacías; un profundo anhelo resonaba en estas palabras: *“¡Ten misericordia de mí!”* Estas palabras fueron verdaderamente sentidas. De él no se pudo decir lo que leemos en Isaías 29:13: *“Porque este pueblo se acerca a mí con su*

boca y con sus labios me honra, pero su corazón alejó de mí". No, la oración de Bartimeo surgió, por decirlo así, desde lo más profundo de su corazón.

¿Y por qué oró como nunca antes? ¡Porque oyó que Jesús estaba pasando por allí! Eso lo animó a orar más fervientemente que nunca y a clamar como nunca antes lo había hecho: *"¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!"* Para Bartimeo, era ahora o nunca. ¡El Único que lo podía sanar estaba pasando por allí!

Que contraste con nuestras oraciones frías y formales. La oración de Bartimeo surgió de lo profundo de su corazón. Él sintió: "Necesito a Jesús o pereceré para siempre".

Entonces leemos que Jesús se detuvo. Era como si Él se dejara ganar. Se dejó persuadir, como también sucedió cuando Jacob suplicó e imploró junto al arroyo de Jaboc.

La oración de Bartimeo fue persistente y llena de determinación. Muchos intentaron pararlo. El texto dice que lo reprocharon e intentaron hacerle callar. Entonces leemos: *"pero él clamaba mucho más"* (versículo 48). Aunque la gente le dijo que callara y que dejara de clamar, Bartimeo persistió y clamó mucho más.

Congregación, solo cuando nuestra oración es imparable y cuando ni el hombre ni los diablos en el infierno pueden impedirnos orar, entonces, y solo entonces, es verdadera oración. Cuando sus oraciones son imparables e incansables—aunque todo el mundo grite: "¡No hay gracia para ti!", y cuando los diablos dicen: "¡Eres un reprobado!"—tal oración es agradable al Señor. Y así se caracteriza la oración de cada pecador verdaderamente necesitado y miserable.

Supongamos que se encuentran con alguien que se está ahogando, y le dicen: "Deja de gritar, cálmate, ten paciencia, la ayuda llegará eventualmente". Ciertamente, esa persona que se está ahogando no se tranquilizaría ni se sentiría consolada. Seguiría clamando. Obviamente, está en gran peligro, y por eso clama. Necesita ser rescatada.

Cuando nuestra miseria se vuelve una realidad para nosotros y comenzamos a vernos como perdidos y condenados, entonces tampoco podremos hacer otra cosa que clamar por ayuda. Nada podrá silenciarnos. Ciertamente, nuestra oración será atacada: el diablo se acercará y dirá: "¿Realmente crees que Dios escuchará a alguien como tú?" No obstante, seguiremos clamando por ayuda.

Y leemos: *"pero él clamaba mucho más"*. Congregación, Bartimeo oró en fe. Más tarde, Jesús le diría: *"Ve, tu fe te ha salvado"* (versículo 50). ¿Qué clase de fe era esta? Era la mejor clase de fe que existe. Bartimeo creyó sin ver. No se olviden: Bartimeo era ciego, no podía ver. Por oír, la fe

había surgido en su corazón. Esa es la verdadera fe. La verdadera fe viene no por ver ni por sentir, sino por oír la Palabra de Dios.

Noten que el texto dice que él oyó que Jesús el Nazareno estaba pasando por allí y que ante esa realidad su fe actuó. Bartimeo creyó lo que oyó acerca de Jesús. No, él nunca había visto a alguien cojo que fue sanado y luego pudo caminar. Nunca había visto a un leproso sanado. Nunca había visto a un ciego que recobró su visión. Pero sí había *oído* acerca de estas cosas. La fe había entrado al corazón de Bartimeo mediante la “puerta del oído” y la fe que así entra al corazón es la verdadera fe.

Este es el camino bíblico, congregación. Pueden leerlo en Romanos 10:17: *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”* Ciertamente, la verdadera fe viene a través de oír la Palabra de Dios. La verdadera fe reposa en lo que Dios tiene que decirnos. Es la naturaleza humana querer ver pruebas tangibles: siempre queremos ver, tocar y sentir; pero la verdadera fe descansa únicamente en lo que Dios ha dicho y reposa en las promesas de Dios. Reposas particularmente en lo que Dios testifica acerca del Señor Jesús, acerca de Cristo el Mediador, Su Hijo unigénito, el Salvador.

Cuando el pecador necesitado y de corazón quebrantado oye el testimonio de Dios acerca de Su Hijo, que Él *“puede también salvar eternamente a los que por él se acercan a Dios”* (Hebreos 7:25), y cuando un pobre y necesitado pecador escucha que *“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”* (1 Timoteo 1:15), entonces el oír es seguido por la fe.

Cuando *nosotros* escuchamos el testimonio de Dios acerca de Su Hijo, por naturaleza respondemos con incredulidad, pero cuando miserables como Bartimeo oyen este mensaje, lo abrazan con verdadera fe.

¿Qué más hizo Bartimeo? Usó el nombre de Jesús como fundamento para suplicar. Clamó: *“¡Jesús, Hijo de David!”* Usó los nombres del Mesías y, en particular, el nombre Jesús.

Hay muchas personas que prefieren no oír acerca de Jesús, pero Bartimeo usó el nombre de Jesús. ¿Hay cosa alguna en el cielo o en la tierra que tenga más poder que el nombre de Jesús? El nombre del Señor Jesucristo causa que los ángeles se regocijen, que los diablos tiemblen y que Dios aparte Su ira de los pecadores.

El Señor Jesús ha dicho: *“Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará”* (Juan 16:23). Y, congregación, aquí vemos a alguien que en verdad oró en Su nombre. De lo profundo de su agonía y miseria él clamó: *“¡Jesús, Hijo de David!”* Alguien estaba suplicando a Jesús con una súplica sincera. Y eso causó que Jesús se detuviera.

Finalmente, congregación, la oración del ciego Bartimeo era una oración por misericordia. No dijo: “¡Jesús, Hijo de David, recompensa mis esfuerzos en oración!” No dijo: “Jesús, Hijo de David, reconoce mi sinceridad, mis lágrimas y considera mis oraciones”. Más bien, él clamó: “*¡Ten misericordia de mí!*” Y eso tocó el corazón del Salvador. Eso siempre tocará el corazón del Salvador. Congregación, Jesús no puede pasar por alto esto, ni entonces ni hoy.

Una oración en fe: en tal oración encontrarán el nombre de Jesús. A veces escuchamos a las personas orando como quizá un rabí lo haría. Muchas grandes y gloriosas cosas se mencionan acerca de Dios, como que Él es santo, exaltado y verdadero, pero no se oye el nombre de Jesús. Sin embargo, en la oración de Bartimeo, el nombre de Jesús fue mencionado, no como una formalidad para concluir la oración, sino como la sustancia misma de su oración. Él sabía a quién estaba invocando y confiaba en Aquel cuyo nombre es Jesús.

Bartimeo no pidió ninguna recompensa, sino solamente misericordia. Las palabras originales en el griego que se traducen como “ten misericordia” significan literalmente algo como “inclinarse”. ¡Oh, qué reclamo hizo este pobre y ciego Bartimeo a Cristo: “¡Jesús, Hijo de David, Mesías prometido, maravilloso Hijo de Dios, inclínate!”!

Y, sí, Jesús respondió y se inclinó a él. No se acercó a Bartimeo como un maestro a ser servido, sino más bien como un siervo que quería servir. Le preguntó: “*¿Qué quieres que te haga?*” (versículo 50). Quería ser el Siervo de Bartimeo. Tomó sobre sí la verdadera forma de un Siervo, como se encuentra descrito el Mesías en el Antiguo Testamento. Deseó servir a Bartimeo: “*¿Qué quieres que te haga?*”

¡Oh, congregación! Si pueden llegar a conocer esto en sus vidas, entonces se maravillarán para siempre ante la maravilla de encontrarse con este Salvador en toda su miseria y necesidad. Este Salvador, que pregunta: “Pecador, ¿cuál es el problema? ¿Cuál es tu necesidad? ¿Qué puedo hacer por ti?” Entonces somos atraídos para derramar nuestros corazones ante Él, tal como lo hizo Bartimeo, al decir estas pocas palabras: “*Maestro, que recobre la vista*” (versículo 51).

Cantemos ahora del Salterio 400, las estrofas 3 y 5.

Y Jesús se detuvo. El clamor de un mendigo ciego lo hizo parar en Su camino. Vean el poder y la fuerza ejercidos sobre el corazón del Señor Jesús cuando un necesitado clama por Él. Él se detuvo.

Congregación, deberíamos asombrarnos al leer estos eventos en las Sagradas Escrituras. Aquí leemos acerca de Jesús deteniéndose e interrumpiendo Su viaje esencial a Jerusalén porque había algo incluso más importante. Alguien estaba con necesidad; alguien clamó en

desesperación. Un pobre pecador clamó a Él diciendo: *“¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”* Es por eso que Jesús fue persuadido a detenerse.

¿Se asemeja usted a Bartimeo? ¿Está usted también clamando a Cristo por ayuda? Oh, puede tener por seguro que si usted hoy estuviera verdaderamente clamando por Él, tal como lo hizo Bartimeo, entonces Él también se detendría hoy y le preguntaría: *“¿Qué quieres que te haga?”*

Hay personas que ven cosas negativas donde otros solamente ven cosas positivas. Los críticos de la Escritura son de ese tipo. Ellos dicen: *“¡Ve! No se puede apoyar en la Biblia porque Marcos habla acerca de un mendigo ciego y Mateo habla de dos.”* Hay quienes sacan pensamientos venenosos de tales críticas en lugar de extraer la dulce miel de la Palabra de Dios. Espero que ustedes hagan lo segundo.

Y, congregación, hay en realidad una respuesta no solo fácil sino también reconfortante a esta crítica: Marcos y Mateo describen dos eventos distintos. Sabemos por Marcos que Jesús sanó a Bartimeo cerca de la puerta de Jericó. Después, al salir de la ciudad, aprendemos por Mateo que se encontró con dos mendigos ciegos más, pero en la región más alejada de la ciudad. Las palabras que Mateo utiliza para describir este segundo evento parecen señalar esto.

Estos dos mendigos también clamaron: *“¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!”* (Mateo 20:30). Sin duda habían aprendido de la sanación de Bartimeo. Habían oído que el mendigo ciego cerca de la puerta de Jericó había sido sanado. Entonces, cuando Jesús pasó por allí, ellos clamaron de una manera similar y también fueron sanados.

De la misma manera, cuando ustedes oyen de personas que son convertidas por Dios y de pecadores que obtienen la misericordia de Dios, eso debería inspirarlos a clamar también al Señor. Eso debería animarlos. Eso es lo que la Biblia también sugiere. El poeta del Salmo 51 también cantó acerca de esto:

*Malos de mí aprenderán,
y a Ti se volverán.
De mi culpa líbrame
y Tu amor yo cantaré.
Toca mis labios, Señor,
y te ofrecen todo honor.
(Salterio 141:2).*

Pablo escribió acerca de esto en su epístola a Timoteo cuando dijo: *“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”* (1 Timoteo 1:15). Es como si

estuviera diciendo: “¡Fue posible para mí, el más grande de los pecadores; por lo tanto, es posible también para ti!”

Esto debería animarlos a clamar tal como lo hizo Bartimeo, para que Cristo también pueda tener misericordia sobre ustedes. ¡El mismo clamor! El primer paso a Cristo es clamar: “¡Mírame con favor de lo alto; ten misericordia de mí, oh Señor!”

Estábamos admirando a Bartimeo que oró; sin embargo, no deberíamos hacer eso. Alguna vez oí a alguien decir: “Si tan solo hubiera una persona orante así en nuestro país, entonces nuestra nación sería bendecida de verdad”. Mientras que este pensamiento puede nacer de buenas intenciones, es en realidad incorrecto dar el honor a la persona que ora y, al hacerlo, quitar la corona de la cabeza de Jesús. En contraste, el enfoque debe estar en Jesús deteniéndose. El enfoque debe estar en Él y en el hecho de que Él se dispuso a detenerse e interrumpir Su viaje hacia Jerusalén. El enfoque debe estar en el hecho de que Él oye el clamor de pecadores reprehensibles y malditos.

Esta fue la última vez que Jesús visitó Jericó. Nunca más estaría allí en persona. Fue la última oportunidad para que la gente de Jericó clamara a Él y la última oportunidad de invocar Su nombre para obtener Su misericordia. Y, sin embargo, solo unos cuantos lo hicieron.

Congregación, es posible que esta también sea la última vez que ustedes estén en la iglesia. Es posible que ustedes sean repentinamente llamados a encontrarse con Dios. Entonces, este sería su último servicio de adoración. Habrán oído el evangelio predicado por última vez, tal como fue la última vez que el Señor Jesús visitó Jericó. ¡Hoy, si oyen Su voz, no endurezcan sus corazones!

¡Cuán a menudo la gente estorba a los pecadores que claman a Jesús! Dijeron: “¡Cállate!” Posiblemente incluso los discípulos estuvieran entre aquellos que querían que Bartimeo se callara porque ellos también tenían un fuerte deseo de viajar rápidamente a Jerusalén y coronar a Jesús como Rey. A menudo, las personas pueden ser un obstáculo y un impedimento para aquellos que buscan a Dios.

No obstante, las Escrituras dicen que Bartimeo clamó aún más. La obra de Dios no puede ser estorbada por el hombre. Transciende toda oposición e impedimento del hombre. Es imposible dejar de clamar. Es imposible rendirse. ¡Como dije antes, cuando los diablos, las personas y cualesquiera circunstancias los rodean, y ustedes no pueden dejar de orar, solamente entonces serán verdaderas y genuinas sus oraciones!

En el Cantar de los Cantares de Salomón leemos acerca de un evento decepcionante. Leemos acerca de la novia: “*Busqué ... al que ama mi alma*” (Cantares 3:1). Ella verdaderamente buscó a Él y su alma amó a Cristo. Pero leemos en la siguiente parte del versículo: “*y no lo hallé*”. ¿Y

entonces qué sucede? *“Apenas pasé de ellos un poco cuando hallé al que ama mi alma”* (Cantares 3:4). No dejó de buscar cuando dijo: *“y no lo hallé”*. No, ella persistió en su búsqueda. Oh, buscadores de Dios desafiados y desanimados, necesitan persistir y continuar con su búsqueda. Sigán buscando un poco más, y con certeza lo encontrarán.

“Y Jesús, deteniéndose...” Es una increíble maravilla que Él se disponga a detenerse para un pobre y miserable pecador. Congregación, Él aún está dispuesto a detenerse para los verdaderos mendigos, para ustedes y para mí, cuando nos arrodillamos en nuestros cuartos. Cuando derramamos toda nuestra miseria en Su presencia y Él responde preguntando: *“¿Qué quieres que te haga?”* ¡Oh, congregación, eso trae tanto asombro! Y también trae tanto ánimo para presentar ante Él todas nuestras necesidades y decirle: *“Que recobre la vista.”*

“Y Jesús, deteniéndose...” Dios no está muerto y Jesús no está muerto. Jesucristo es el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos. Amén.

Salterio 187